

RESPIRA

**Llenarse, vaciarse, fluir con el universo.
Ser. Vivir.**

FRANCESC ZAMORA

Fecha de publicación: Octubre de 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

@El Observador Observado
<http://elobservadorobservado.com/>

De repente, me volvieron a entrar ganas de escribir. Es algo así como una necesidad que siento de tanto en cuanto. Sin importar el resultado, sin importar cual será el destino de las palabras liberadas a través de un teclado. Esa necesidad me hace levantarme temprano o acostarme tarde muchos días. Viene y va, sin poder predecirlo, y eso lo convierte en algo mágico para mí.

Este es un pequeño relato de un viaje a través de Marruecos en bicicleta, aunque también fue un viaje hacia lugares que se encuentran dentro de uno mismo. Este es un pequeño resumen de lo vivido, sin demasiados detalles, sin extenderse más de lo que mi necesidad por escribir me ha exigido. Así de simple.

"RESPIRA" me dije a mi mismo en cuanto salí de casa el primer día de viaje.

En algún lugar de los Atlas

21 de mayo de 2018,

El silencio casi absoluto de estas tierras es abrumador. Inducen, a aquel dispuesto, a viajar hacia a un estado mental de reflexión profundo en el cual se logra ver el individuo que uno es en su más puro estado. Es ese silencio tanto del mundo como de la mente quien te abre paso hacia una nueva perspectiva. Un silencio que se convierte en el mejor compañero de viaje que uno pueda desear. Él, todo lo entiende, todo lo sabe.

Sentado en una roca, alejado del asfalto y con los pies en tierra, improviso un pequeño sándwich con algunos restos de pan reseco y un pedazo de salchichón de pavo. Al primer bocado, siento como si algo me estuviese observando, oliendo. Acercándose por mi espalda, sin hacer prácticamente ruido más que el de la hierba seca quebrándose bajos sus cuatro patas al caminar, un canino de color blanco, aunque sucio por la vida en la naturaleza y delgado en las costillas por la dureza de estas tierras viene en busca de algo que echarse al estómago. Mis primeros movimientos lo asustan, y rápido entiendo que también ha sido golpeado en algún momento de su vida. No dudo en compartir mi poca comida con él. Intento acercarme, aunque desconfiado, retrocede unos pasos.

-No te voy a hacer nada pequeño, le susurro mientras me agacho y le dejo sobre la hierba gran parte de mi sándwich. Espera a que yo me aleje unos metros mientras me mira fijamente a los ojos. Así lo hago, vuelvo a mi roca y lo observo engullir un pan que se rompe en pedazos y unas lonchas de pavo que parecen gustarle.

-¿De dónde vienes?, le pregunto.

-De la nada, estoy perdido, creo oír.

-Yo también lo estoy le digo, aunque no estoy perdido en cuanto a una posición en un mapa, sino más bien dentro de mí, mentalmente.

Estos últimos días han sido duros anímicamente. Especialmente esta mañana cuando en las grandes cuevas del último puerto de montaña conquistado varias personas me han pedido ayuda desde el borde de la carretera. No lo han hecho como en otras ocasiones dónde han intentado venderme cualquier tipo de souvenir de la región, sino que tan solo me han pedido algunas monedas, y sobre todo, comida. De ahí el hecho que tan solo me quedase un pequeño pedazo de pan y de

salchichón. Las frutas, barritas energéticas y chocolates que tenía para el día de hoy se las he dado a varios niños que vagabundeaban al borde de la carretera a la espera de vehículos. La pequeña e inocente sonrisa de una niña de apenas diez años tras recibir un par de nectarinas y unos chocolates acentuó el silencio de la montaña y quebró un poco más mi corazón. Esta es la realidad, aquella realidad que uno evade, ya sea voluntaria o involuntariamente, mientras vive en su rutina diaria en su país de origen. Esta es la realidad, el mundo sufre, las personas sufren, y los demás, lo ignoramos. Ciertamente, lo realizado la semana pasada en la ciudad de Fès ha sido algo grande, algo bello y que sin duda ayudará a muchas personas, pero ello no hace más que recordarme todo lo que se podría hacer, todo lo que estando unidos podríamos lograr... El mayor problema de nuestra sociedad es la indiferencia y la ignorancia en la que vivimos. Parece ser que al ser humano tan solo le importa su propio pellejo, parece ser que el arte del egoísmo ha sido perfeccionado de tal manera que ni siquiera cuando la miseria se muestra delante del individuo este se preocupa lo más mínimo por el prójimo.

"El arte del egoísmo"

16 de abril de 2018

"La próxima vez saldré mejor preparado" Pienso mientras mis piernas no pueden soportar ni un golpe de pedal más. Me detengo, estiro los aductores, los gemelos y la espalda. Me duele el cuerpo en su totalidad. Y es que he vuelto a salir de viaje en bicicleta sin haber preparado mínimamente el cuerpo al igual que en las dos otras ocasiones en las que me he lanzado a la carretera en viajes de largo recorrido. Sabía que sucedería, sabía que sería frustrante el querer y no poder, los dolores y el agotamiento. Pero también sé que solo durará unos días hasta que el cuerpo se acostumbre al esfuerzo. No hay que ser una gran deportista para aventurarse en un viaje sobre dos ruedas, tan solo hay que ser un tanto curioso y gustarte las bicicletas. Las piernas, al igual que el resto del cuerpo, se adaptaran con el paso de los días al esfuerzo.

Las experiencias previas sobre dos ruedas me hacen ver desde otro punto de vista lo que me espera en la carretera. He acumulado varios miles de kilómetros con alforjas a lo largo de los años y sé que habrán momentos duros en muchos sentidos, aunque todo ello, como siempre, hará que los buenos momentos sean más intensos. Sentir placer al sufrir en las cuestas, y, descender placenteramente por largas carreteras con el viento acariciándome el rostro...

En los últimos meses de invierno he conseguido reducir el peso de las mochilas considerablemente. Me llevo lo estrictamente necesario para viajar durante unos dos meses y ser auto suficiente. Eso mismo pensé en las otras ocasiones, aunque parece que a cada viaje el volumen de lo "estrictamente necesario" va reduciéndose. Mi nueva compañera de viaje es ligera, ágil, nerviosa y curiosa. Una Genesis Croix de Fer 20 que me fue regalada por mis amigos en el verano de 2016. Una máquina de crear sonrisas y experiencias únicas. El punto de partida sigue siendo el mismo, mi hogar, en el principado de Andorra. Ahí es dónde han empezado todas mis aventuras y es el lugar al que siempre vuelvo. El destino, también es el mismo, es, "desconocido". Tengo intención de llegar al sur de Marruecos, aunque no sé a ciencia cierta en qué lugar del mapa dejaré de pedalear, quizás incluso, según el tiempo del que disponga, me atreva a volver a casa pedaleando. Aunque no es algo de lo que preocuparse ahora mismo. El objetivo, como siempre, la libertad. Y es que viajar en bicicleta ha sido y sigue siendo algo que me hace sentir realmente

vivo, es algo que me llena de verdad. Supongo que tales efectos se deben a que desde bien pequeño tuve bicicletas y parte de mis más antiguos y felices recuerdos son sobre dos ruedas. Si cierro los ojos, todavía puedo ver aquella antigua bicicleta plegable de color amarillo con la que me paseaba en el aparcamiento del Tarter junto a mi hermano, bajo la atenta mirada de mis padres. Siento aquellas brisas de aire que hacían levantarse el polvo del aparcamiento y siento el frescor de los veranos en Andorra. Supongo que es gracias a esas memorias distantes por lo que amo las bicicletas, a parte claro está, de que estas máquinas son el mejor invento de la humanidad.

Mi cuerpo despierta entumecido para afrontar mi segundo día de viaje a través de grandes montañas en los Pirineos. Aun así, me lanzo con ganas al asfalto para enfrentarme al puerto de la Molina, una ruta que siempre quise hacer. Silenciosa es la carretera a primeras horas de la mañana, frescas son las cumbres todavía nevadas. Los bordes de carretera en los tramos con sombra rebosan de nieve y de vez en cuando el sol me hace entrar en calor rápidamente cuando este no se esconde tras los árboles en algunos virajes. A pesar de la fatiga no dejo de ascender, metro a metro y a mi ritmo, para conquistar la primera cima de esta nueva aventura. Tras la dura labor de hacer avanzar mi propio cuerpo y el peso de la bicicleta cargada hasta la cima viene el momento de descender por el collado de Toses hasta Ripoll, a través de una carretera serpenteante en la cual uno debe anticiparse en los virajes y reducir la velocidad considerablemente para estar seguro de que no se va a salir de la calzada por muy rápido que quiera ir. Adopto una posición aerodinámica en las líneas rectas y en las curvas la rodilla interna se despega del cuadro de la bicicleta, es todo cuestión de equilibrio. Esta es una de las mejores partes de viajar sobre dos ruedas. Los descensos son una de las muchas recompensas al esfuerzo.

Una última jornada antes de llegar a Gerona, unos últimos 110 kilómetros más por carreteras secundarias y caminos sin asfaltar bajo un sol cada vez más intenso. Viajo sin prisas, aunque hay algo dentro de mí que me hace pedalear con más intensidad de la que estoy acostumbrado. Es como si al esforzarme y agotarme en cada subida estuviese exhalando todo aquello por lo que he decidido volver a viajar en bicicleta. Todos esos problemas, preocupaciones y también estupideces que uno acumula y alberga en su interior van saliendo a

cada golpe de pedal para liberarme por completo. Me dejo llevar por pequeños caminos de la Garrotxa, me pierdo por campos con altas hierbas hasta terminar cruzando un puente colgante cuyos soportes parecen querer ceder. Se balancea con mi peso, más de lo que me gustaría, y los pasamanos hechos con cables de acero no están lo suficientemente tensos como para que me sienta seguro. Las aguas bajan con fuerza bajo mis pies. El corazón se acelera a la vez que mis pasos cada vez son más cortos. La sensación de inseguridad desaparece por completo cuando llego a la otra orilla y miro hacia atrás. Una sonrisa se dibuja en mi rostro a la vez que mis piernas dejan de temblar. El sol y unas fuertes ráfagas de viento me acompañan el resto del día. Me siento bien, me siento agradecido, satisfecho. Vuelvo a estar donde quería, viajando a mi manera, a mi ritmo y sobre dos ruedas.

Viajando juntos

Reencuentros y despedidas, y entre ambos, momentos compartidos. Algunas relaciones humanas son curiosas, parece como si esos momentos en los que ambas partes están separadas por la distancia y el tiempo, estas no se viesen afectadas por el paso de los días y de las noches. Supongo que cuando sucede esto significa que la relación es sana, ya sea en cuanto amistades como a relaciones familiares. Vuelvo a ver tras varios meses a mi madre, a mis tíos y algunos primos durante mi corta estancia. Siempre es agradable compartir el tiempo con las personas que uno quiere, ponerse al día, debatir sobre muchas cuestiones, escuchar y ser escuchado. Los días se suceden, uno tras de otro, velozmente hasta que vuelvo a decir hasta pronto. Sigo con mi camino. Con ganas de descubrir lo que nos aguarda en nuevas tierras. Gerona queda atrás, al igual que lo hace Barcelona, en donde por necio, me había aferrado a una idea que resultó ser completamente errónea. De haberlo sabido no hubiese pasado tantos días en la ciudad, aunque por otra parte, pasé buenos momentos con mi amiga Camille. Dicen que de todo se aprende, tanto de lo bueno como de lo malo. Supongo que así es, aunque con ciertas cosas se necesita algo más de tiempo para poder mirar en retrospectiva y sacar conclusiones.

Cruzo la ciudad bajo una lluvia intensa para dirigirme al puerto, donde me espera mi hermano. Allí tomaremos el ferry que nos llevará a Marruecos. Los neumáticos recién cambiados en Barcelona son resbaladizos, quizás necesiten algunos kilómetros más para estar en condiciones óptimas. Los anteriores resultaron no ser los adecuados para el viaje, dos pinchazos en apenas cuatro cientos kilómetros y algunas grietas en la goma no era algo que esperaba y no quería andar preocupado durante las próximas semanas, y no encontrar, en caso de necesitarlos, repuestos en Marruecos.

La espera es larga en el muelle, y la subida a bordo confusa. Nadie sabe muy bien si debo subir a bordo con los peatones o bien con los vehículos, hasta que después de charlar con varias personas, un agente de aduanas me señala por donde subir al barco siguiendo una larga fila de coches y motos que adelanto tranquilamente. León, (mi bicicleta), quedará amarrada a una tubería del aparcamiento de vehículos del barco hasta que lleguemos a tierras marroquíes. Me pierdo en el laberinto de pasillos y escaleras en busca de nuestro camarote y en busca de mi hermano. Dos camas limpias, una pequeña ventana por la cual ver el vasto horizonte azul y un pequeño

baño privado. Las próximas veinte y siete horas las pasaremos navegando mientras discutimos sobre una posible ruta que trazamos en el mapa de papel que llevamos con nosotros. Viajamos juntos, aunque separados. Nuestra idea es encontrarnos en varias ciudades y pueblos a través del país mientras yo avanzo sobre dos ruedas y él se desplaza en varios medios de transporte con su mochila a la espalda. Es la primera vez que viajamos "juntos", es algo que teníamos pendiente desde hace mucho tiempo. Si bien el año pasado nos encontramos en Estambul unos días tras él haber viajado por Nepal y yo por Irán e Irak, esta vez vamos a compartir muchos momentos más. Lo conozco lo suficiente como para saber de antemano que vamos a gozar de este viaje.

-Disculpe, pero la bicicleta no entra en el escáner...

-Le he dicho que la tenemos que inspeccionar, así que hágalo como quiera, pero esa bicicleta debe pasar por el escáner.

Usted es quien ha decidido pasar con los peatones y no con los vehículos.

-Lo siento, me hicieron subir a bordo del autobús con la bicicleta para llegar hasta aquí, yo no sabía muy bien dónde ir ya que...

-Pase la bicicleta por el escáner, me interrumpe el agente marroquí.

Así pues, desmonto todas las mochilas que subo a la cinta del escáner junto a las ruedas y el cuadro. Este, como era de esperar por mi parte, se traba en el interior a causa de los pedales. Un sonido metálico hace eco en la sala mientras tan solo espero que no se haya partido ningún componente de mi compañera. El agente, por su parte, espera que ninguna pieza de su escáner haya sufrido daños. Su mirada penetrante es molesta. Me apuro en intentar desbloquear la cinta mientras activa el botón de parada de la máquina. Dos minutos después, logramos con la ayuda de un segundo agente sacar la bicicleta del túnel. No hay daños por mi parte. Vuelvo a montarlo todo, les deseo un buen día a ambos agentes y sigo hacia la salida del puerto.

Tánger es más o menos como la habíamos imaginado. Nos hospedamos en el centro de la Medina, en un pequeño y económico hotel con buenas vistas al puerto. El rápido cambio del paisaje, de sonidos y de rostros nos impresiona en nuestras primeras horas en

Marruecos. El caos se apodera de la circulación, la venta ambulante de hachís está más presente de lo que esperábamos y los oportunistas en busca de turistas inocentes están en cada esquina. Uno debe estar atento y saber decir "no, gracias" sin reparo alguno. Esas dos palabras son las primeras que aprendemos en árabe. La comida es sabrosa, nuestra primera cena será un Tajine de pollo con limón y un tabulé acompañado, como no, de olivas con un fuerte y agradable sabor. Aquí empieza nuestra aventura, nuestro viaje hacia tierras desconocidas para nosotros y de las que tan bien nos han hablado. Marruecos nos da la bienvenida calurosamente, a su manera, y nosotros, estamos abiertos para recibir todo cuanto nos pueda ofrecer. Nuestra ruta estos próximos días está bastante bien planeada, debemos reunirnos en la ciudad de Fès dentro de tres días con Tomás y Natalia para pasar una semana juntos y así organizar el proyecto de este año. La decisión de reunirnos los cuatros allí fue tomada hace tan solo unas pocas semanas. En un principio pensábamos viajar al Líbano con mi hermano, aunque tras una serie de acontecimientos y sobre todo tras mucha reflexión, decidí volver a salir en bicicleta desde la puerta de casa porque no tan solo debíamos encontrar un lugar dónde realizar el proyecto y ayudar a cuantas más personas posibles, sino que también se trata de ayudarme a mí mismo, y viajando en bicicleta siempre lo he logrado. Sabía y sé, que pedalear me hace bien, me llena, me hace avanzar interiormente, y sé, que el proyecto, desafortunadamente, se puede realizar en cualquier país del mundo. Vaya donde vaya uno, siempre encontrará personas necesitadas.

Pedalear, observar y reflexionar

Avanzo a una buena velocidad por carreteras en mal estado hacia el sur, en dirección a Fès. Me pierdo, como siempre, en pequeños cruces y pequeños pueblos, pensando en que de todas formas llegaré a destino. El paisaje es hermoso, los contrastes de colores impresionantes. El silencio de las carreteras secundarias abrumador. Campesinos montados en sus burros alzan la mano a lo lejos para saludarme, algunos otros también lo hacen sobre viejas bicicletas. El ambiente es más bien relajado. La ruidosa y ajetreada Tánger queda atrás, ahora, el silencio y la tranquilidad de estas zonas rurales me invita a mirar no tan solo al paisaje que me rodea, sino también hacia dentro de mí. Por momentos, vienen y van pensamientos aleatorios para que sean conservados o descartados según las conclusiones que saco al examinarlos detalladamente. Es un proceso de limpieza mental. Uno debe dejar atrás lo que le impide seguir avanzando, porque no hay que cederle espacio dentro de uno mismo a los malos pensamientos, recuerdos u experiencias que puedan lastimarnos en el presente. Para mí, pedalear largas distancias es algo parecido a la meditación. Siento mi respiración, mi cuerpo en su totalidad y logro verme así como realmente soy.

Las mañanas son frescas en mis primeros días en Marruecos, los encuentros con desconocidos agradables, los paisajes no dejan de sorprenderme y no puedo dejar de imaginar cómo será el sur y sus desiertos, como serán los Atlas y todas aquellas lejanas ciudades hechas de barro tan vistas en fotografías. Y como no, no dejo de pensar en Fès, en lo que podemos llevar a cabo este año entre los cuatro. Me llena de emoción el hecho de que nos encontremos en Fès para ello. Realizar este proyecto juntos va a ser algo que nunca olvidaremos, de eso estoy seguro.

Pedalear, observar, reflexionar, descansar, saborear un té, pedalear, reflexionar, escuchar, tomar un té, pedalear, dejarse llevar, tomar un té, descansar... Es simplicidad, una simplicidad relajante. Aunque al cruzar algunas ciudades todo se vuelve más complejo, uno debe estar atento a todos los automovilistas que vienen y van en todos los sentidos, atento a los agujeros en la calzada dañada por el paso de grandes camiones que levantan grandes polvaredas. Todos los sentidos se activan y te convierten en uno más, te fundes entre la multitud aun sin pasar desapercibido. Tal y como me lo esperaba, la forma de conducir de los marroquíes no es la que más me inspire

confianza. Las carreteras secundarias son estrechas y los márgenes de la calzada son de una gruesa gravilla en las que mis neumáticos se hunden con facilidad. Uno siempre se lleva algún que otro susto en las carreteras aunque rápidamente se olvida de lo sucedido tras un buen té con menta fresca y azúcar y que tan bien sienta a cualquier hora del día.

Bab Boujloud

El asfalto está en perfectas condiciones aquí, incluso tengo el privilegio de rodar por una vía ciclista en mi llegada a Fès. Vuelo a más de 25 kilómetros por hora en los llanos de la periferia de la ciudad hasta llegar al punto de encuentro que hemos acordado con mi hermano, la puerta de entrada de la medina de "Bab Boujloud". Esta se alza frente a mí, imponente, de color azul, con un gran arco central y otros dos laterales que hacen que uno se sienta pequeño a su lado. Avisto desde la distancia a mi hermano entre la multitud y tras abrirnos paso entre cientos de personas que vienen y van en todas direcciones llegamos a nuestro alojamiento para esta noche. Aparco la bicicleta junto a la cama en nuestra pequeña habitación y enseguida salimos al encuentro con Thomás y Natalia quienes llegaron la noche anterior a mi hermano. La ciudad de Fès será nuestra sede durante la próxima semana. Aquí, nos espera nuestro contacto, Abdellah, más conocido como Kevin en sus perfiles de redes sociales. Llevamos varias semanas charlando con él desde la distancia y es quien nos va a ayudar a organizar el proyecto. Desde el primer intercambio de palabras que mantuvimos tuve un buen presentimiento sobre él. Estoy seguro de que será la persona adecuada para ayudarnos. Es presidente de una pequeña asociación local y tiene los contactos necesarios para facilitarnos muchas tareas. Organizar este tipo de proyectos requiere siempre de mucha indagación previa al desplazamiento cuando se quiere y necesita sacar un mayor provecho del tiempo y del dinero del que uno dispone. En otras ocasiones todo se ha realizado de una forma más improvisada y una vez sobre el terreno, así como lo hice el año pasado en Irán e Irak. Es otra forma de hacer las cosas, llegar a una ciudad, mezclarse con sus gentes, indagar por aquí y por allá y encontrar el lugar adecuado. Pero esta vez, al ser cuatro personas las que nos desplazamos y no disponiendo todos de tiempo de sobras decidimos encontrar a alguien antes de viajar y tener algo más "concreto" desde el inicio.

El olor a especias, los colores de las ropas colgadas en las fachadas de los estrechos callejones empedrados de la Medina, la artesanía expuesta en cada esquina y las voces y gestos de las personas me fascinan. Siempre me ha gustado dejarme llevar por las mareas de gente, por el ritmo de las ciudades que visito. Así lo hacemos mientras nos dirigimos al lugar de encuentro acordado con Kevin. Este será una pequeña cafetería en la puerta azul de la Medina.

¿Qué es la felicidad?

Las charlas son cuantiosas, hay mucho de lo que hablar, mucho por organizar y por hacer. Abdellah es una gran fuente de información, y también de inspiración. Este hombre de mediana edad es una pieza clave en nuestro proyecto. Conoce los procedimientos a seguir para llevar a cabo nuestra idea. Y es que realizar un proyecto aquí no es tan fácil como uno podría llegar a pensar, y menos, no disponiendo nosotros de una organización. Nunca la hemos tenido, nunca hemos hecho oficiales nuestros actos, sino que siempre hemos improvisado el día a día. Se debe a que no movemos inmensas cantidades de dinero y no querríamos que ningún céntimo de lo recaudado fuese utilizado para pagar comisiones de ningún tipo. Aunque es algo que requiere de estudio. Quizás podamos abrir una asociación en Andorra sin coste alguno y disponer de una cuenta bancaria sin que debamos pagar ni un céntimo. En este sentido soy más bien pesimista, no confío demasiado en los bancos... Aunque todo ello será estudiado en los próximos meses. Ahora debemos concentrarnos en nuestra tarea. Intercambiamos puntos de vista en cada encuentro, analizamos y debatimos las varias opciones que tenemos. Antes de nuestra llegada Abdellah me habló sobre un centro de acogida de niñas en la ciudad y también de un centro para niños invidentes, ambos con pocos recursos. También, y como en muchas de las ciudades del mundo, de todas las personas que malviven en las calles... Tras debatir varios aspectos creemos que lo más apropiado y lo que más se ciñe a nuestra idea para este año es el realizar algo que tenga un efecto positivo a largo plazo. Tristemente, no podemos abarcarlo todo. Así pues, el centro de acogida para niñas está en nuestro punto de mira.

La asociación lleva tiempo pensando en montar en una de las salas del establecimiento del que disponen una pequeña escuela de peluquería con varios puestos de trabajo en el que voluntarios enseñarían a las niñas este oficio. Ello les brindaría a las chicas la posibilidad de encontrar trabajo una vez abandonan el centro a la mayoría de edad. Se hace el silencio cuando nos explica como acaban viviendo la mayoría de las chicas una vez dejan el centro. El mundo está del revés, la sociedad está... No soporto cuando alguien intenta convencerme de que la vida es bella, de que uno debe mirar el lado positivo de las cosas, porque todo ello, no es más que pura ignorancia. ¿Como puede ser el individuo feliz cuando hay tanta gente que padece en este mundo? ¿No es la felicidad simplemente un sentimiento logrado gracias a la propia ignorancia e indiferencia de lo que sucede a nuestro alrededor? ¿Se puede ser realmente feliz?

Tengo mis dudas al respecto. No creo en la felicidad tal y como es descrita hoy en día. Creo más bien en que es un estado interno efímero que sucede en contadas ocasiones en nuestras vidas. No puede ser algo perpetuo. Quizás esté completamente equivocado sobre lo que significa la vida, la felicidad y las relaciones humanas, aunque soy consciente de ello y por esa simple razón es por la que uno sigue adelante, porque hay mucho por aprender.

Cambiamos de alojamiento con mi hermano, la primera noche fue demoledora... El ruido de la calle era insoportable, las camas más bien incómodas a pesar de haber dormido en lugares peores y todo carecía de higiene. La escasa diferencia de precio comparado con el hotel donde se alojan Thomas y Natalia nos hizo recoger nuestras cosas a primera hora de la mañana y mudarnos provisionalmente. Tomamos un café con leche para empezar el día, con la tranquilidad de las primeras horas de la mañana cuando todavía no reina el caos en la ciudad. Nos espera un largo día, tanto hoy como los próximos.

Nuevos encuentros con decenas de voluntarios, y, con Zakia, otra pieza importante del puzle quien preside otra pequeña asociación y será la encargada de abrirnos las puertas del centro de acogida. Allí conoceremos a su director y varias chicas voluntarias del centro. Nos enseñan las instalaciones, nos presentan a algunas de las niñas que corretean por el patio con una mirada curiosa hacia cuatro extranjeros hasta que al fin entramos en lo que será el futuro salón de peluquería.

Está cerrado con llave, y de momento no dispone de electricidad, aunque tiene unos grandes ventanales que nos permiten anotar en una pequeña libreta todo aquello cuanto vamos a necesitar para acondicionarlo. La lista de material requerido es larga, e incluso confusa en cuanto a material necesario para la peluquería, o en todo caso lo es para mí quien no me peino, me corto el pelo yo mismo y uso el mismo champú desde hace más de una década.

En primer lugar pintaremos las paredes de blanco con una franja rosada a un metro y medio de altura desde el suelo y repararemos el cuadro eléctrico y los enchufes necesarios. Luego vendrán muchas cosas más, pero debemos ir paso a paso. No tenemos ni la menor idea de cuánto podría costar todo ello así que decidimos recorrer varias tiendas en busca de precios durante la tarde. Queremos tener todo lo necesario ubicado y tener las ideas claras.

Son cuarenta y ocho niñas las que están alojadas en el centro. Algunas fueron abandonadas por sus padres, otras jamás los conocieron y algunas han sido ingresadas por delitos menores. No logro imaginar al padre o a la madre que decide abandonar a su hija en la calle, a merced del destino... No puedo imaginar que se les pasará por la mente a estas chicas...

Un granito de arena

Para sacar un mayor provecho de nuestro tiempo requerimos de un mínimo de organización. Unos van en busca de productos de limpieza, otros, junto a un electricista voluntario, a por el material necesario para reparar el cuadro eléctrico y disponer de corriente en el local. Algunos más, incluyéndome, vamos a por el material de pintura que le dará nuevos aires al local. Cada uno tiene una tarea asignada esta mañana. Encintamos los marcos de las ventanas y de la puerta, empapamos las brochas y rodillos para emblanquecer las altas paredes gracias a una escalera alquilada. También se limpia el patio del centro de malas hierbas y los pasillos de acceso al local. Entre tanto ajeteo, disfrutamos de la compañía de las niñas que vienen y van en todas direcciones curiosas por nuestra presencia. Saben porque estamos aquí, son conscientes de lo que estamos haciendo por ellas. Con pelo rizado y de apenas diez años, una de las niñas se apodera de la cámara de fotos que usamos para documentar el progreso de la reforma y dispara el obturador una vez tras otra mientras fotografía a su manera nuestro trabajo. Nos saca fotos a todos, se hace auto retratos y también salimos juntos en muchas instantáneas. No faltan las risas y los intercambios de palabras con todas ellas quienes se esfuerzan por hablarnos en francés a la vez que aprendemos algunas palabras en árabe. Son únicas, son increíbles.

Estos momentos compartidos con todas ellas son por los que uno dedica su tiempo en organizar estos proyectos. No se trata de uno mismo, de lo que uno pueda sacar a raíz de estas experiencias sino que se trata de ellas, de estas 48 niñas a las que la vida y su curiosa forma de transcurrir ha traído hasta aquí. Los niños son el futuro de la sociedad, son a quienes nosotros los mayores, con nuestro "poder", debemos acompañar hacia un futuro próspero. No podemos permitir que en el mundo haya un solo niño en este tipo de situación. En esto estamos todos de acuerdo, sin embargo, no todos actuamos consecuentemente para poner en práctica nuestras palabras e ideas. Pocos son los que deciden ofrecer su tiempo para intentar cambiar el mundo por poco que sea...

Mientras pintamos las paredes, limpiamos el piso y corretean las niñas de un lado para otro me detengo unos instantes a observar a mi hermano, a Tomás y a Natalia mientras están ocupados con sus tareas. Observo sus rostros y sus gestos y me doy cuenta de lo afortunado que soy por tener personas como ellos a mi lado en esta vida. Me doy cuenta una vez más de que con tan solo una pizca de

bondad y motivación las personas pueden lograr grandes hazañas. Si cada uno aportase su pequeño granito de arena, el mundo no sería tal y como lo conocemos.

El comienzo de una historia

Son muchas las bolsas llenas de artículos que nos llevamos de la tienda especializada en productos de cosmética donde hemos comprado todo el material. Hay decenas de artículos distintos con los que lograremos montar cuatro puestos de trabajo en la peluquería. Volvemos al centro desde la parte moderna de la ciudad, por unas calles y avenidas que ya empezamos a conocer, montados en un nuestro taxi que se abre paso por el denso tráfico. Hoy es el día en que el "sallon de coiffure" será completado. El nuevo blanco de las paredes le da una sensación de amplitud, y el rosado de la franja inferior, un toque femenino. Con los restantes de pintura rosa hemos decorado la fachada de la escalera exterior que da acceso al local de peluquería. Una larga franja ondulada sigue las escaleras cuesta arriba y contornea algunas ventanas. Algunos corazones destacan en la fachada y también nuestras iniciales junto a ellos. Dejamos una huella de nuestro paso en color rosado, y también, en las personas que hemos conocido.

El local toma forma mientras vamos instalando todo en su lugar. Los estantes se llenan de productos. En los numerosos espejos de la sala se reflejan sonrisas, en el ambiente se respira tranquilidad. Lo hemos logrado. En todo caso hemos logrado dar sentido al comienzo de una historia, porque todavía queda mucho por hacer antes de que este árbol empiece a dar frutos. Esperamos que en unas pocas semanas se hayan organizado horarios y voluntarios para empezar a impartir las clases. Zakia y Abdellah son quienes se encargarán de todo ello tras nuestra marcha, son nuestras personas de confianza locales, son los engranajes de esta máquina, son nuestros nuevos amigos en los que confiamos ciegamente. Tenemos la gran suerte de haberlos conocido.

Pasamos un buen y divertido rato más con las niñas en el centro ahora que se acerca nuestra hora de partir. No faltan las risas, los abrazos, las fotografías por parte de nuestra nueva cámara del equipo quien también me enseña una nueva forma de chocar las manos. Estos pequeños y preciados momentos son de un gran valor, nos harán sentir a cada uno cosas de una manera distinta aunque en todos nosotros será con la misma esencia. Con la misma inocencia.

El director del centro nos acompaña a una gran sala bellamente decorada, donde suelen hacer las reuniones, para que todos juntos nos sentemos alrededor de una gran mesa y nos saquemos una

fotografía. Para agradecernos nuestra ayuda con una humilde sonrisa y un buen apretón de manos. También se ha desplazado el director de otro centro de acogida de la ciudad para conocernos, parece ser que se ha hablado de nosotros, parece ser que esta pequeña acción le da un empujón positivo a la moral de varias personas. Demuestra lo mucho que se puede hacer con muy poco. Lo que se puede lograr cuando unos pocos individuos comparten las mismas ideas independientemente de sus orígenes, culturas o religiones.

Han pasado ya varios días desde que llegamos a esta peculiar ciudad, y nos toca ahora despedirnos de todas estas increíbles personas que nos han acompañado en nuestros caminos. Nos organizan un pequeño evento de despedida en el local de reunión de voluntarios situado en un parque de la ciudad moderna. Ahí nos esperan muchos de los voluntarios que han formado parte de todo esto. Incluso nos han preparado un pastel en el cual con nata han escrito "Gracias N.F.J.T ANDORRA". Nos obsequian con un lindo certificado impreso con nuestros nombres en árabe y nos los entregan uno a uno mientras nos sacan unas fotografías, todo ello de la mano de Abdellah, con su saber decir, con su sonrisa siempre latente. Pocas palabras son las que digo cuando me piden un discurso, no se me da muy bien hablar en público, aunque logro ordenar unas pocas para a mi vez darles las gracias a todos ellos presentes, ya que sin ellos, esto no sería posible.

Con los primeros rayos de sol monto las mochilas sobre la bicicleta, me preparo para seguir con esta aventura. Mi hermano también vuelve a empaquetar todas sus cosas en su mochila, también con ganas de seguir adelante. Nuestra estancia en Fès ha sido mejor de lo que hubiésemos imaginado. Y el proyecto, ha sido simplemente increíble. Dejamos la ciudad al mismo tiempo, cada uno a su manera y siguiendo su camino. Una última fotografía en la puerta azul de Bab Boujloud y mi cuerpo se pone en marcha en dirección sur. Sin prisas, sin obligaciones. Nos encontraremos en un par de días en nuestra aproximación a los Atlas. Las primeras horas son duras para el cuerpo tras no haber pedaleado en varios días. La sangre vuelve a circular por las venas intensamente, los pulmones se expanden y contraen para abastecer de oxígeno a unos músculos exigentes mientras me alejo de la ciudad.

Comienza el Ramadán en nuestro segundo día tras dejar la ciudad de Fès, suponemos que nos será complicado encontrar establecimientos abiertos durante el día, sobre todo en los pequeños pueblos. Y así es, aunque con un poco de organización no nos supone un gran problema. Compramos víveres para el día siguiente a cada anochecer y para comer durante las horas diurnas lo haremos de forma discreta para no molestar a quienes practican el ayuno. Esto es algo que no me es muy complicado viajando por carreteras secundarias con cantidad de caminos en los que adentrarse en mis continuas paradas. Desde que llegamos a Marruecos, el clima ha sido más bien fresco a parte de unos días de calor en Fès. Algunas trombas de agua me obligan a enfundarme el chubasquero y los pantalones de lluvia para no acabar empapado. Y no tan solo la lluvia me obliga a ponerme una última capa, sino que el frío también me invita a usar la chaqueta de plumas por debajo del chubasquero. Nunca hubiese pensado que le daría tanto uso aquí. Supongo, que una vez cruzados los Atlas y llegados a las regiones desérticas será todo lo contrario.

Los relieves empiezan a verse en el horizonte, las subidas empiezan a notarse en las piernas y las sonrisas a dibujarse en el rostro cuando uno alcanza grandes velocidades en las largas bajadas. Las distancias entre pueblo y pueblo se incrementan y la soledad y silencio de la calzada me permiten viajar en un estado de serenidad inigualable. Una serenidad que me permite ver quien realmente soy. Me permite cuestionarme muchas cosas sin ofenderme a mi mismo, y es que uno se da cuenta indagando sobre uno mismo de todos los errores

cometidos y de lo equivocado que está uno sobre varios aspectos de su vida, y logra pues, un cambio interno para convertirse en una mejor versión de si mismo. Ser consciente de sus propios errores y de su propia ignorancia puede resultar duro, aunque no se puede progresar de ninguna otra forma más.

¿De dónde vienes?

21 de mayo de 2018,

De la misma forma en la que apareció, lentamente y sin hacer prácticamente ruido, este bello animal se aleja paso a paso hacia el horizonte mirando tímidamente una última vez hacia atrás como en forma de despedida. Puedo ver en sus ojos su agradecimiento por haber compartido mi comida con él.

Y de la misma forma, me monto sobre mi bicicleta para seguir bajo una lluvia que llega espontáneamente y me acompaña durante más de cuarenta kilómetros. Por momentos el fuerte viento sopla por detrás, me empuja con todas sus fuerzas por unas altiplanicies extensas en donde apenas me cruzo con automóviles. Algún que otro camión me adelanta a gran velocidad, ruidosamente, y hace que tras su paso el silencio sea todavía más intenso. Tan solo se percibe el sonido de las gotas de agua golpeando mi cuerpo y que crea una suave melodía. Los paisajes abrumadores por los que me aventuro hacen que me sienta dichoso por estar vivo. “Estoy vivo, estoy vivo, estoy vivo”, oigo dentro de mí.

Empapado, con las piernas heladas, y habiendo dejado la tormenta atrás, me adentro por un valle angosto de tierra por el cual se abre paso el río Ziz. Este desciende hasta la ciudad de Er-Rachidia, aunque me detengo en las gargantas para pasar la noche en un pequeño y económico hostel sin nada a su alrededor. Quizás podría seguir hasta Er-Rachidia, aunque cuerpo y mente me piden dormir. Así lo hago durante unas horas antes de levantarme para cenar algo consistente y volver a acostarme tras una ducha caliente.

Mañana será otro día.

El ojo humano

El paisaje ha cambiado drásticamente, he descendido de las montañas para aventurarme en las llanuras del sur de este peculiar país. La temperatura ha ascendido considerablemente con lo que las prendas calientes quedan en el fondo de las alforjas. El uso del "chal" es necesario para evitar que se quemé mi clara piel. Este me cubre el cuello, la nuca y parte de la cara y hace que uno pase menos calor. La carretera es por momentos llana hasta donde me alcanza la vista, no veo el fin. Parece como si uno no avanzase, kilómetros y kilómetros sin curvas, sin pueblos, sin nada más que tierra a ambos lados. Las distancias entre pueblos se han incrementado todavía más, por momentos pedaleo hasta tres horas para encontrar pequeños cúmulos de edificios sin habitantes en los que paso de largo silenciosamente aunque cuando encuentro algún lugar con vida no dudo en detenerme.

En estas paradas me cruzo siempre con autobuses llenos de turistas que viajan de ciudad en ciudad. Esta mañana, tras pasar más de dos horas pedaleando en silencio, en solitario, en lo que a mi parecer es el medio de la nada, me detengo en una pequeña gasolinera donde dos autobuses de japoneses hacen un descanso. No paso desapercibido, soy fotografiado por muchos de ellos mientras se hacen alguna que otra "selfie" con un chico que llegó por el horizonte con su bicicleta y que vuelve a desaparecer así como apareció. En silencio, a su ritmo, en un estado de meditación sobre ruedas en el cual está aprendiendo a conocerse todavía más.

Nos encontramos con mi hermano en pequeñas ciudades que ambos queremos visitar. Cada uno le cuenta al otro lo que ha vivido, lo que ha visto, experimentado y sentido. Este intercambio es grato. Estamos disfrutando cada uno a su manera de un viaje único. Compartimos cenas y comidas cuando estamos juntos. Visitamos lugares de nuestro interés y nos dejamos llevar por calles y callejones descubriendo lugares y aprendiendo de esta gran cultura.

Nos dirigimos hacia Ouarzazate dándonos tiempo para hacer paradas en varios lugares que están en nuestra lista de deseos y aunque no lo podamos ver todo, estamos abarcando mucho territorio. Algunas ciudades nos fascinan, otras, nos decepcionan a causa de las expectativas que teníamos sobre ellas. Aunque todo ello es parte de la aventura. Nos seducen los Kasbah que se rigen en toda la región, cada uno distinto al otro, pero similares a la vez. Estas edificaciones son maravillosas, algunas en lugares increíbles, rodeadas de

palmerales con lo que uno queda estupefacto por tal belleza. Vimos antes de viajar muchas fotografías, aunque los objetivos de las cámaras nunca podrán reflejar lo que ve el ojo humano, ya que este, además de ver, también siente cuando está físicamente en el lugar.

Quien lo diría...

Llevo una semana recorriendo estas tierras áridas, desérticas. Una semana pedaleando largas distancias en las que he tenido el tiempo suficiente para ordenar mi mente en profundidad. He gozado de estas carreteras a perder de vista, de la nada que me ha rodeado, de los lagartos coloridos que se han cruzado en mi camino, de un horizonte inmóvil pero cambiante, del calor, del sol y del viento que tanto ha querido frenarme por momentos. He gozado.

Ouarzazate era una ciudad de la que mucho habíamos hablado con mi hermano y de la que hemos sacado provecho al quedarnos más tiempo que en las otras paradas para visitar varios lugares. Algunos Kasbah famosos de la zona, al igual que algunos palmerales más al sur y también el museo del cine. Ahora, nos esperan de nuevo grandes montañas, volveremos a cruzar los Atlas por la carretera más alta del norte de África, por el paso de Tizi n'Tichka, que nos llevará hasta Marrakech. Unos últimos doscientos kilómetros antes de terminar este pequeño periplo, y es que hemos decidido viajar desde Marrakech hacia Tánger en autobús para luego tomar un ferry hacia España. El tiempo ha pasado volando y llevamos ya casi un mes en este país. Quien lo diría...

Lentamente avanzo

El viento es frío, fuerte, no da tregua... No permite a aquel que subido sobre su bicicleta pueda mantener una trayectoria estable en la calzada. De un lado para otro, zigzagueando como un animal mareado avanzo lentamente hacia la última gran cima de este viaje. Lentamente pero avanzo. Me detengo en numerosas ocasiones a descansar, y muchas otras, a causa de las ráfagas de viento que pretenden tumbarme. Algunos tramos los hago a pie hasta que creo poder seguir montado otro poco más.

La cima, como todas las otras cimas, es la recompensa al esfuerzo y al sufrimiento. Un pequeño instante de calma donde uno mira hacia atrás y se da cuenta de hasta donde ha llegado. Donde uno logra también, ver hacia donde va.

Ahora, una gran cuesta abajo de decenas de kilómetros me espera, aunque no me lanzo apresuradamente. Saboreo el instante en tranquilidad mientras vienen y van autobuses y motocicletas. Mientras muchos intentan vender a los pasantes minerales de la zona para ganarse el jornal.

El mal estado de la carretera en la subida del puerto queda atrás, ahora, bajo mis neumáticos un asfalto liso me lanza a más de sesenta kilómetros por hora en la líneas rectas. El aire frío me invita a usar el gorro de invierno y la chaqueta de plumas. Las curvas se suceden una tras otra mientras disfruto como nunca de esta larga bajada en dirección al pueblo de Taddert, donde pasaremos la noche con mi hermano. Un pueblo de paso, en el cual apenas hay comercios y en el que un pequeño albergue nos dará refugio. Debemos caminar unos dos kilómetros en la oscuridad de la noche para encontrar un lugar donde comer en otra pequeña aglomeración de edificios según nos indican en Taddert. Iluminamos la calzada con las frontales mientras paseamos, en silencio, y bromeamos de vez en cuando sobre los sonidos que nos rodean. Algunos perros ladran en la lejanía, algunos sonidos extraños nos hacen enfocar con nuestras luces hacia matorrales cerca de la calzada...

Un buen plato de cordero a la brasa y una sopa local llenan nuestros estómagos. No podemos evitar pensar en algunos de nuestros platos preferidos, y es que aunque la comida sea muy sabrosa aquí, uno siempre hecha de menos ciertas cosas tras un mes viajando. Aunque dentro de unos pocos días estaremos de vuelta en España, donde nos esperan familiares a quienes visitaremos tras muchos años. Desde que empezamos a planificar este viaje nos dijimos que tras Marruecos

nos detendríamos en Córdoba unos días para reencontrarnos con una grande parte de nuestra familia que allí reside. Mi hermano lleva más de quince años sin verlos, y yo, hace exactamente siete años, desde aquel primer viaje en bicicleta que me llevó a cruzar la península ibérica desde el norte hasta la bella Andalucía.

Es algo que tenía pendiente de hacer, y no se trata tan solo de visitar a la familia, sino que también visitaremos el lugar en donde esparcí las cenizas de nuestro padre en el 2011.

No gracias...

Me duelen los muslos tras varias horas pedaleando en plano mientras me acerco a Marrakech. Avanzo por largas líneas rectas en las que por momentos ruedo a treinta kilómetros por hora, mientras dejo que la fuerza cinética me haga avanzar cientos de metros cuanto quiero descansar el trasero y las piernas al dejar de pedalear. No siempre escucho música cuando viajo, pero en este tipo de carreteras en las que los paisajes no me invitan a observar más allá del arcén, el uso de melodías es requerido para distraer un poco la mente. Apenas he usado los auriculares en todo el viaje, tan solo en ciertos tramos que no eran de mi gusto. Distingo la ciudad a lo lejos mientras suenan temas de los años sesenta y setenta a través del auricular derecho, el único que uso montado en la bicicleta para poder oír con el oído izquierdo los sonidos de la carretera. Me adentro a esta gran ciudad por algunas avenidas y poco a poco me dirijo al centro por unas estrechas calles en las que cientos de peatones, motocicletas, coches, camionetas y bicicletas crean un caos al que tardo unos minutos en acostumbrarme. Hacía muchos días que no me veía en medio de tal ajetreo y debo estar más que atento a cada gesto de los demás para no acabar ser tumbado. Algunos roces con motocicletas me hacen perder un poco el equilibrio hasta que me convierto en uno más de ellos y me hago respetar por decirlo de alguna manera. Encuentro a mi hermano en un pequeño callejón, como todas las otras veces, para que me guie hasta nuestra guarida. Viajar con el por Marruecos ha sido genial, todos nuestros encuentros en tantos pueblos y ciudades, todas las cosas compartidas, todo lo vivido, lo bueno y lo malo. Es algo que quiero repetir pienso mientras desmonto por última vez las mochilas de la bicicleta.

Visitamos el centro, algunos de sus callejones y la famosa plaza de Jamaa el Fna durante la puesta de sol. El lugar es precioso, no hay duda. Aunque nos cansamos rápidamente del acoso de todos los comerciantes cuando tratan de vendernos cualquier cosa con insistencia. “No gracias, no gracias, no gracias” decimos sucesivamente en marroquí... Ambos estamos un poco cansados tras un mes viajando sin parar de aquí para allá por Marruecos. Se nota en nuestra forma de movernos por la ciudad. Lo hacemos sin ningún tipo de prisa, parando a menudo a tomar algún que otro café o refresco. Lo veo en el rostro de mi hermano, y él lo debe ver en el mío también, las ganas de llegar a casa y sentarnos unos días tranquilamente para no hacer nada se dejan ver. Salimos de Andorra hace un mes y medio

y desde entonces no hemos parado, es buen momento para ir regresando tranquilamente a nuestro hogar.

Tras un intento fallido de mandar la bicicleta desde Marrakech hasta España para poder llegar al norte del país más cómodamente con tan solo dos mochilas me veo obligado a cargar con la bicicleta en varios autobuses para llegar a Tánger y tomar un ferry con ella. Se equivocaron completamente al decirme el precio del envío cuando lo consulté telefónicamente. Burro de mí por creer que podía llegar a ser tan barato el envío. Fue cuando llegue a las oficinas de DHL con la bici desmontada y empaquetada cuando me dijeron lo que costaba realmente y me quedé como un bobo en medio de la calle con una caja de grandes dimensiones... Supongo que son cosas que pasan, no todo siempre sale como uno quisiera.

Volver hasta casa sobre dos ruedas es algo que me hubiese encantado hacer, aunque no dispongo del tiempo suficiente para hacer otros casi dos mil kilómetros. Queremos estar unos días en Córdoba con la familia y otros más en Gerona con nuestra madre con lo que apenas lograría recorrer la mitad del trayecto. No importa, porque prefiero sin duda alguna pasar tiempo con los seres queridos y disfrutar de todos ellos sin prisas. Mi compañera de viaje siempre estará ahí, dispuesta a volver a salir a por más aventuras. *"La primavera que viene nos vamos de vuelta a recorrer miles de kilometros"* Le susurré acercándome al manillar cuando la desmontaba.

Un primer autobús nos lleva hasta Casablanca, donde pernoctamos. Visitamos unos pocos lugares y descansamos unas horas por la noche antes de tomar un segundo autobús que nos lleva hasta Tánger para pasar nuestra última noche en el país.

Al alcance de todos

Tánger es donde empezamos nuestro viaje a través de Marruecos y donde termina también. Una ciudad curiosa para mí, y más extraña todavía desde la nueva perspectiva que tengo de este país tras conocer varios lugares a través de su territorio. No creo que refleje la autenticidad del pueblo marroquí. Para mí, al igual que para mi hermano, el sur es lo que más nos ha gustado, lo que más nos ha hecho gozar. Sus gentes tranquilas y respetuosas y sus bellos paisajes no serán olvidados. Tampoco lo será todo lo que vivimos en Fès mientras realizábamos el proyecto. Esas experiencias y las nuevas amistades son de un gran valor. Y aunque deseemos volver a casa unos días, también deseamos volver a verlos a todos ellos que tanto nos han enseñado acerca de su cultura.

Mientras volvemos de cenar, tras la puesta de sol, paseamos tranquilamente por varias calles hacia nuestro alojamiento cerca del puerto. Las calles están más bien tranquilas a esta hora, están todos comiendo tras el ayuno. Cruzamos una calle oscura en la que podemos ver a un hombre de mediana edad tumbado entre unas cajas de cartón, este, nos mira tímidamente al pasar. Avanzamos unos metros más y nos miramos con mi hermano, ambos pensamos lo mismo al instante, como un acto reflejo. Contamos cuanto dinero nos queda en moneda local en nuestros monederos y cruzamos la calle hacia un pequeño supermercado en el que llenamos varias bolsas con comida para el hombre. Todo tipo de productos con los que podrá comer esta noche y mañana también. Volvemos hacia el despacio, nos agachamos para entregarle las bolsas. *"Le traemos algo de comida"* le digo en francés. *"Gracias, muchas gracias"* nos contesta con un tono de voz suave y con una inocente sonrisa. Desconozco que es lo que siente mi hermano cuando seguimos nuestro camino, aunque yo, siento muchas cosas dentro de mí. Por un instante es como si lograra sentir lo que este hombre puede sentir ahora mismo. Por un instante, siento tristeza, aunque también siento bonanza. Todo ello me recuerda una vez más en esta vida lo fácil que es ayudar a otras personas. Me recuerda de nuevo que uno mismo es quien debe tomar la iniciativa si quiere ver el mundo cambiar. Estas pequeñas acciones al alcance de todos son las que lograrían arreglar el mundo, estoy convencido de ello.

El pueblo andaluz

La alegría del pueblo andaluz nos da la bienvenida a España. Llegamos a Tarifa sobre el medio día en ferry. Enseguida salimos a comer tras dejar nuestros bagajes en la habitación. Varios largos paseos ocuparan nuestra tarde y estando sentados tranquilamente en una pequeña terraza llamamos a nuestro primo Rafa para avisarle de nuestra llegada dentro de dos días. Tarifa es preciosa, es más bella de lo que nos habían contado y se respira una gran tranquilidad. Sus gentes son amables, graciosas, optimistas, nos hacen sentir a gusto. Admiro el pueblo andaluz, siempre lo he hecho. Mantenemos buenas conversaciones con los chicos del hostel, siempre dispuestos a echar unas risas. "*Ahí vienen los hermanos Zamora*" exclaman con alegría cuando nos ven entrar por el portal. A la mañana siguiente ambos vamos a la peluquería, yo, me rapo bien corto el pelo como lo he hecho en estos últimos años, cuestión de comodidad. Y mi hermano, se corta el pelo a la mitad con lo que ahora apenas le llega a los hombros cuando no se hace una coleta. La barba sin embargo, seguirá creciendo en su rostro de Ali Baba como tantas veces le han dicho en Marruecos.

Con las mochilas a la espalda tomamos un bus hasta Algeciras para luego embarcar en un tren que nos lleva a Córdoba velozmente. Allí, no espera Rafa con una gran sonrisa. Que bien sienta volverlo a ver de nuevo, tanto a él como a toda la familia que tenemos aquí. Una familia que por cuestiones de la vida no hemos rendido visita muy a menudo, pero aquí estamos de vuelta tras largos años. Me llena el corazón tener la familia y los amigos que tengo, de verdad que no se le puede pedir más a la vida. Las personas que nos rodean son quienes nos hacen ser mejores, nos moldean aún sin ser conscientes de ello. La bonanza se transmite a través de los individuos. La humildad, la sinceridad... Todo ello fluye cuando uno está dispuesto a aceptarlo.

Más allá de los sueños

Extracto del diario del viaje del año 2011:

14 de junio de 2011

Se podía ver más allá de los sueños, del horizonte, del presente. El lugar era blanco, alto y amplio. Uno podía ver el mundo entero si así lo deseaba. Mi tía Rafi, mi tío Pepe y yo. Allí estábamos los tres, en la terraza de una gran ermita en lo alto de un monte, con Córdoba a nuestros pies. No había nadie más. Me había vestido para la ocasión con una camisa y un pantalón de color beis claro que no había usado en todo el viaje porque eran para ese día. Eran mi humilde traje de delgada tela. Fue en el borde de aquella terraza elevada donde sucedió lo que llevaba tanto tiempo planeando y soñando. Fue allí, donde mis palabras sonaron en voz alta, donde las lágrimas corrieron a caudales, donde al fin, conocí la paz. Donde le dije al mundo y a mi padre que allí estaba con nosotros “Nunca Olvidaré” y muchas cosas más, palabras que quedaron en aquel lugar para siempre. Fue allí donde aprendí en tan solo unos instantes lo que no te podrían enseñar en la escuela durante toda una vida, dónde todo empezó, donde nada acabó. Dónde volví a nacer y donde me perdoné a mí mismo. Donde me liberé...Donde mi sueño se hizo realidad. Allí vi que ese momento era perfecto gracias a todos los momentos que había dejado atrás. Después de aquello, me sentí listo para afrontar cualquier cosa, la vida, la muerte, o lo que fuese. Había hecho la cosa más bonita de mi vida y ahora estaba en paz. Allí fue donde no le dije adiós a mi padre, sino hasta mañana.

Siete años más tarde... El tiempo pasa volando... Siete años han pasado desde mi última visita a este lugar, siete años han pasado desde que le dediqué unas palabras a mi padre, con Córdoba a nuestros pies. Y aquí estamos de vuelta, Rafi, Pepe, mi hermano y yo. Aquí estamos de nuevo, en el borde de la terraza mas bella del mundo. Silenciosamente observo a mis tíos y a mi hermano mientras pasean, mientras hablan, mientras recuerdan el pasado a su manera. Él sigue presente tanto aquí como en nuestros recuerdos, sigue vivo dentro nuestro. Subo los escalones de la terraza para tener una vista panorámica del lugar, para sacar una fotografía, y desde lo alto, los veo a los tres en el mismo lugar en el que estuvimos hace siete años. Veo a mi hermano y me veo a mi mismo.

Los veo.

Extracto del libro "El Observador Observado":

“Hay quienes saben lo que quieren ser y se dedican a conseguirlo. Aunque también hay, quienes no saben quiénes quieren ser, pero han conseguido ser quienes debían ser sin saberlo”

Gracias.



ACERCA DEL AUTOR

Nacido en el principado de Andorra en 1986, Francesc Zamora siempre sintió curiosidad por ver el más allá del horizonte, por otras culturas y religiones. Esa curiosidad le ha llevado a través de los años a viajar a decenas de países en muchos medios de transporte distintos, aunque su favorito siempre será la bicicleta. Desde el año 2015 viene realizando proyectos humanitarios financiados gracias a sus aportaciones personales y a las donaciones de amigos y familiares quienes siempre le apoyan vaya dónde vaya. Todos sus libros en formato electrónico siempre han sido completamente gratuitos y los que han sido impresos y vendidos han servido para recaudar más fondos para dichos proyectos.

Pàgina web:

<http://elobservadorobservado.com/>